

ESTE PERIODICO
se publica
LOS DOMINGOS.
PRECIOS
DE LA
SUSCRICION:
UN PESO AL MES EN LA HABANA
y 30 rs. Ros.
POR TRIMESTRES ADELANTADOS
EN EL INTERIOR
FRANCO DE PORTE.



LA REDACCION
y Administracion
RICALA, NUM. 33
A DONDE
DIRIGIRAN
TODAS LAS COMUNICACIONES
y reclamaciones.
EL NUMERO SUELTO SE VENDE
EN LA ADMINISTRACION
A DOS REALES PTES.

EL MORO MUZA.

PERIÓDICO ARTÍSTICO Y LITERARIO,

CARICATURISTA: BAYACETO.

DIRECTOR: J. M. VILLER GAS.

CARICATURISTA: LANDALUZE.

AL CESAR LO QUE ES DEL CESAR;

Y A MI AMIGO WENCESLAO,
LO QUE ES DE MI AMIGO WENCESLAO.

Todos sabéis, lectores, que el bizarro brigadier Goyeneche atrapó últimamente el equipaje del ciudadano Salvador, ese que fué Marqués de Santa Lucía, y hoy merece que se le cante aquello de:

Usted no es ná;
Usted no es ná;
Usted no es chicha ni limoná.

Todos estais enterados de la correspondencia que ese equipaje contenia; correspondencia tan abundante, que no se quedarían a la luna de Valencia las suripantas que se enamoraron del que fué Marqués de Santa Lucía; supuesto que dice el cantar:

Amor, no pongas amor
Donde no hay correspondencia,
Mira que te quedarás
A la luna de Valencia,

y la correspondencia era lo que le sobraba al que fué Marqués de Santa Lucía.

Por lo mismo, ahora que á ese señor le falta la correspondencia, es muy posible que las suripantas del Camagüey se la peguen de puño. ¡Vaya si se la pegarán!

Todos vosotros, lectores, conocéis ya una carta de esa dichosa correspondencia, en la cual, un tal Adán, es decir, un modelo de los mejores republicanos de Cuba, porque esos republicanos querían convertir esta provincia española en una república de Adanes y Ecas, habla del despotismo de un demócrata de manigua nombrado Mola, y dice: «Esto me recuerda un versito de Villergas alusivo á España, y que le viene bien á Cuba, y dice así:

«Uno tira y otro jala.
Esta es de España la ley,
Y aquí acaba la comedia
Del zapatero y el rey.»

Ahora bien, lectores, tan pronto como yo ví esa cita, fui á buscar á Villergas, á quien dirigí en forma parlamentaria una interpe-lacion sobre el sentido político y literario de la tal cita, y he aquí lo que contestó Villergas:

—No me acuerdo de todos mis versos, ni eso está en lo posible, 1º porque como los estimo en poco, mas hago por olvidarlos que por retenerlos; y 2º, porque habiendo escrito tantos, ¿cómo he de conservarlos todos en mi no privilegiada memoria? Puede, pues, ser cierto lo que allá en el Paraíso de la manigua, donde se está parodiando el Génesis, le ha dicho un Adán á su Salvador (Ricardo Adán á Salvador Cisneros, el que fué Marqués de Santa Lucía); pero aunque ese Adán me atribuye la cuarteta en cuestion, apuesto cuanto tengo contra la Junta Cubana de Nueva-York, que es la cosa que menos vale en el mundo, á que no es mía esa cuarteta. Fúndome para negar que esa cuarteta sea mía 1º en que me la atribuye un libertador cubano, el cual, por su sola condicion de libertador cubano, está obligado á no decir una palabra que no sea mentira, 2º en que, dado caso que yo emplease el verbo *marinero* con que termina el primer verso, lo que es inverosímil, porque yo no digo nunca *botar* por *tirar* ó *arrojar*, *virar*, por *volver* etc., hubiera escrito ese verbo con *h* (*halar*) y no con *j* (*jalar*), como lo escribe ese Adán, á quien estoy viendo tan desnudo de ortografía como de ropa; 3º en que como entre *tirar* (acepcion segunda de este verbo) y *halar*, no hay con-

traste, yo no he podido decir nunca que uno *tira* y otro *jala*, pues en el caso de ocurrírseme lo que en el verso citado se quiere dar á entender, habria dicho: uno *tira* y otro *afloja*. En fin, la prueba de que el tal Adán se ha propuesto no decir una verdad, cosa prohibida en los de su escuela, está en que llama *versito* á una cuarteta que, como su mismo nombre lo indica, consta de cuatro versos.

Ahí teneis, lectores, la contestacion de Villergas; pero yo, que estoy por los hechos tanto como por las buenas razones, le aconsejé que diese una prueba mas sólida, mas incontestable de que la cuarteta que se le atribuía no era suya.

Para complacerme, Villergas registró, no solo las obras que bajo su solo nombre ha publicado, sino aquellas en que ha tenido colaboradores, y tanto trabajó, que al fin halló lo que buscaba. Entonces dijo: «Al César lo que es del César, y á mi amigo Wenceslao, lo que es de mi amigo Wenceslao.»

—¿A qué viene eso? le pregunté yo.

—Eso, contestó él, viene á que ese pícaro Adán de la manigua, supone que son míos unos versos de mi amigo Wenceslao Aiguales de Izeo, que se imprimieron hace veintiseis años en el periódico titulado: *El Dómine Lucas*, poco tiempo despues de haberse puesto en escena *El Zapatero y el Rey*, drama de Zorrilla. Por cierto que mi amigo Wenceslao, que es buen hablita, no podia tampoco decir *hala*, ni mucho menos *jala*, despues de lo del *tira*, y en efecto, no lo dijo, pues lo que dijo es:

«Uno tira y otra afloja etc.»

Esta prueba, lectores míos, era la que yo queria, para poder asegurar que Adán, el ma-

nigüero, se portó como quien era, es decir, como digno *libertador cubano*, faltando á la verdad en todo, puesto que llamó *versito* á una *cuarteta*, puso *jala* en vez de *hala*, donde debió poner *afloja*, y dió á Villergas lo que era de *Aiguals de Izeo*.

Y ahora, para concluir, lectores, os diré que ya comprendo porqué el General Dulce dió á los *mambises* y *laborantes* el plazo de *cuarenta días* para que reconociesen sus errores. Sin duda quiso decir con eso, que todo lo que á los *libertadores* atañe..... debe ponerse en *cuarentena*.

EL MORO MUZA.

LOS LIBERTADORES CUBANOS

PINTADOS POR SÍ MISMOS.

Confieso haber pintado tan feos á los *libertadores cubanos*, que el mismo demonio se asustaría de verlos, á ser los originales tan feos como mis trasuntos.

Cuasimodo, aquel personaje que Victor Hugo nos presenta en *Nuestra Señora de París* como prototipo de la fealdad física, es un Adonis, un lucero en comparacion de los citados *libertadores*, bajo el punto de vista de las cualidades morales.....Lémos.

Y bien, ¿he pintado yo á los *mambises* mas feos de lo que son, ó son ellos tan feos como yo los he pintado?

Ganas tenía yo de que se aclarase esta duda que, seguramante, habrán concebido algunas personas, suponiéndome parcial, y creyendo, por lo tanto, un poco recargadas las tintas oscuras de mis retratos.

¡Y ved qué suerte la mía! Cuando yo deseaba ver pintados á los *libertadores cubanos* por artistas en quienes se viera desde luego que nada influiría la pasión, me encuentro con la mas completa realizacion que tener pudiera mi deseo.

¡Es toda una galería la que acabo de encontrar! Pero galería nada sospechosa, porque es de *libertadores pintados por sí mismos*, y en esa galería se ve que, realmente, los tales *libertadores* son, en su facha moral, los seres mas odiosos y repugnantes que pudiera crear la romántica fantasía de Calderon ó de Shakspeare.

Carta canta, ó por mejor decir, *cartas cantan*, porque los retratos á que me refiero y que forman la galería de los *libertadores de Cuba*, estan en las cartas que el bravo brigadier Goyeneche halló en el equipaje del que fué marqués de Santa Lucía. Son retratos epistolares, de los cuales voy á copiar con prolija exactitud los rasgos mas característicos, y..... ¡manos á la obra!

La primera de dichas cartas es de un tal Luis Mola y Varona, el cual, por estar enfermo, pide que le pasen de la caballería á la infantería; si bien dice que le convendría mas ir con una comision á los Estados Unidos, pues no quiere irse de otro modo, por el temor de parecer cobarde, como ya lo va pareciendo en la manigua.

Ahí tienen ustedes un tipo raro, segun su carta, cuya sustancia he querido extraer para despachar pronto; el tipo del hombre que, al miedo de morir, agrega el de que se le tenga por miedoso. De modo, lectores, que á ser veraz el tal Luis Mola y Varona,

Si un amigo fastidioso,
«Luis, dijese, ¡vive Dios!
¡Tienes un miedo horroroso!»
El respondiera gustoso:
«No tengo uno, tengo dos.»

Perolo mas extraño de ese *libertador* está en

que, así como otro hombre cualquiera, viéndose obligado á servir, y estando enfermo, pediría el pase de la infantería á la caballería, para andar siquiera en piés ajenos, este hace lo contrario, pues pertenece á la caballería, y á fin de lograr algun descanso, pide que le trasladen á la infantería. ¿Se le ocurriría eso á nadie que tuviera sindéresis? Yo, lo que creo que se debe hacer con un hombre que discurrir así, es meterle en la caballería mas de lo que está, lejos de sacarle de ella, es decir, hacerle *caballo*, en lugar de *ginete*; aunque siempre habria peligro en montar un animal semejante, si es tan duro de boca como cerrado de mollera.

La carta número 2 es de un tal *Agueriche*, y va dirigida á *Salvaorico*. Supongo que estos serán diminutivos de *Aguirre* y *Salvador*, lo que me importa tanto como la carabina de Ambrosio; pero, sí, me importa copiar unas palabras de *Agueriche*, en que pinta á un tal *Melchor Mola*, que debe ser pariente del *Mola* de la carta anterior, y son las siguientes: «Te participo que mi venida á esta tiene por objeto denunciar al Gobernador Civil los innumerables abusos y robos que ha cometido y está cometiendo el Prefecto de Camúo, *Melchor Mola*.....y no creas que es la primera vez que le denuncio, pues por dos ocasiones (dos veces, ó en dos ocasiones, quiere decir), lo habia hecho antesal Gobernador, su sobrino, el que convencido de la verdad, le ordenó que le remitiera la renuncia; lo que no quiso hacer el tal, porque, seguramante, estaba convencido de que aquel no habia de proceder contra él, y mientras tanto, la bolsa ha ido creciendo extraordinariamente.»

Hé ahí la *república cubana*, y hé ahí sus funcionarios públicos pintados por un *libertador cubano*. El sobrino tiene mas categoría oficial que el tío, y eso no es nuevo, pero este roba, y cuando el *sobrino* manda como Gobernador, el tío desobedece como pariente, fundado sin duda, en que mas natural es que haga el *sobrino* lo que manda el tío, que viceversa. ¡Vaya un *sobrino*, lectores! y sobre todo, ¡vaya un tío!

La carta tercera es aquella en que se me atribuyen unos versos de mi amigo D. Wenceslao Aiguals de Izeo, habiéndose en ella de otro *Mola* (este se llama Gregorio), que no parece sino que la insurreccion cubana es la insurreccion de los *Molas*, pues tiene *Molas* tíos, *Molas* sobrinos, *Molas* por arriba, *Molas* por abajo y así va ella estando tan *Molada*.... Señores: iba á emplear un verbo que cuadra bastante á la insurreccion de los *Molas*; pero me arrepiento, porque dice el diccionario que ese verbo solamente se usa entre gente ordinaria, de poca educacion y cultura. Usenlo, pues los *Molas* y sus amigos, que son todos bien mal criados, bien ordinarios, y bien ineultos.

La cuarta epístola lleva la firma de *Zambrana*, y en ella se lee: «Sibanicú tranquilo de sucesos. Creo que allí debemos estar siempre; pero no las familias, que por fortuna se han retirado. La tropa lo ha quemado todo á su paso (esa llamada *tropa* son los *mambises*), mas respetó á Sibanicú, acaso por ser nuestra residencia.»

Pero, señores: si no era de *sucesos*, ¿de qué habia de estar tranquilo Sibanicú? A bien que, por tranquilo que estuviese aquel pueblo entonces, mas lo estará desde que sus mismos habitantes lo quemaron. Las familias huyeron de la quema, pero ¿adónde irían que no les pasara lo que en Sibanicú temian! Está visto que *Zambrana* debe gozar bárbaramente; porque el apellido *Zambrana*, sin duda vino de *Zambrana*, y por consiguiente, ha de estar *Zambrana* en su elemento en una insurreccion que es una *Zambrana* permanente, aun-

que zambra de carácter á la vez pilleseo y patibulario.

La carta quinta inspira compasion. Es de un tal Francisco de Arredondo y Miranda, que está preso por orden de Quesada, y figúrense mis lectores qué tal será el *libertador* Francisco, cuando un bandolero como Quesada cree que conviene atarle corto.

Eso sí, el *libertador* dice de su jefe las siguientes lindezas que voy á copiar de sus cartas: «Aquí es donde se sabe cómo van las cosas, esta es una *Basilla* donde el general manda al que se le antoja, y no se acuerda mas de que existe persona alguna sufriendo vejaciones que en el gobierno mas monárquico que halla.» (Mas vejaciones que en el gobierno mas monárquico que haya, quiere decir, sin duda; pero la sintaxis y la ortografía son de un *libertador*, y por eso hay que adivinar lo que ha querido expresarse.)

«Hoy he presenciado, despues de haber escrito á V. el escándalo mas grande: el general (Quesadita) vino á este lugar.....y despues de aconsejarme que accediera á la entrega del caballo.....me afirmó que, aunque el Presidente y la Cámara me mandaran soltar, no sucedería, porque nadie se burlaba de su bigote...y que se me juzgaría por un consejo de guerra y su fallo se cumpliría, hallándose muy apto para levantarme la tapa de los sesos.»

¿Qué tal, simpatizadores? Me parece que ya ireis viendo lo que os habria pasado, en el caso de triunfar una república donde los tíos, prefectos, desobedeciesen á los sobrinos, gobernadores, y donde los generales levanten la tapa de los sesos á cualquiera, no haciendo caso de las Cámaras ni del Presidente. Pero seguiré copiando parrafitos de las cartas de Arredondo.

«Aquí, dice, se mandan diariamente hombres presos por el general, sin ser militares, se tienen sin sentencia trabajando: (garantías individuales) anoche han traído al vate Manuel Robledo preso é incommunicado por haber leído un discurso en un club (libertad del pensamiento y derecho de reunion) se oprime al pueblo, Marqués, y se desesperan los ánimos de los buenos.» (*república cubana*, copia fiel de las de Santo Domingo, Haití, &.)

«¿Qué hay del C. Carlos M. y su cuñadito? ¿se va ó no? (Ya sabemos que Céspedes trata de irse. Lo que no está averiguado es que pueda burlar la vijilancia de las cañoneras.) ¿Ha dado cuenta, se han residenciado su actos y se ha rindido? (Las personas son las que se residencian para que den cuenta de sus actos; pero un *mambi* no está obligado á saber lo que dice.) Si no lo ha hecho, no hay ni esperanza de viaje.»

¡Ya lo creo! El que no se escapó, ya no se escapa, y basta de Arredondo. Vamos con otros. La carta siguiente debe ser de un *mason*, que se firma con el nombre de guerra *Najaza*, pues empieza S: A: P.:, signos que huelen á *logia*, y dice: Mis caros! La revolucion de Cuba necesita sangre de Arangos, cada uno que muera será una merecida victoria. (Adviértase que los Arangos de quienes habla el *libertador* son tambien *libertadores*, y de los de prueba.) Napoleon 4 sigue en sus maquinaciones ó demencia de generalato &. (Ese Napoleon IV es uno de los Arangos, familia de los Napoleones, de los cuales, sin duda, uno se llama Napoleon primero, otro Napoleon segundo, otro Napoleon tercero y otro Napoleon cuarto. Estos Napoleones no tienen parentesco alguno con los de Córcega y Francia, ni aun con Napoleon Moriani; pero se vé que de buena gana darían sus golpecitos de Estado para que se hablase de ellos. Entre tanto, sepase que, segun el *libertador* Najaza, la república cubanacana tiene plétora de sangre de Arangos.

Eusebio Rodríguez, con una ortografía verdaderamente *cubanciana*, dice de un titulado comandante llamado Viamonte: «es un tirano que nos ha puesto *abansada*, que pudiendo comprar mas barato nosotros, nos ase duplicar el precio, pues por sí no podemos encargar nada..... á llegado tanto el disgusto que *barios* se an ido para Santa Cruz, *allento* del atropellamiento que *ai* en este *besindario* por D. Pedro Viamonte queriendo llevarse á los *indibidos* á la fuerza *amansandolos* con cuatro tiros..... esto creo que no es *revolucion* sino *bandalismo*.»

En efecto, Eusebio Rodríguez no conoce la ortografía; pero pone el dedo en la llaga. Tiene razon el buen hombre: lo de Yara no ha sido *revolucion*, sino *candalismo*.

Pues ¿qué diremos de Ignacio Zaldivar? Este escribe diciendo que su madre y sus hermanos están abandonados en una finca, donde carecen de los recursos necesarios para vivir (vean los insensatos la situación en que han puesto á su familia) y añade: «*nuestro comandante Cantá no sabe tratar con hombres de educacion*.»

En fin, el sub-prefecto Agramonte, hablando del general en jefe de los libertadores dice: «.....y los atropellos que militarmente por vía de la fuerza hemos sufrido, bastan para hacer retroceder, indignado, al mas patriota» y agrega: «dos veces me he dirigido á él pidiéndole la devolucion de mi dinero...y solo he podido averiguar que su *contestá* («contestá» por «contestacion» es del género *liberal cubancano*) á mis oficios respetuosos y de regularidad, fué su disposicion de prenderme.»

Resulta, pues, del exámen de la galería de los libertadores cubanos, pintados por sí mismos, en la cual figuran *mambises incendiarios*; prefectos que roban y desobedecen á los gobernadores; generales que se rien del Presidente y de las Cámaras, cuando se les autoja *tecanlar la tapa* de los sesos á cualquiera ó que prenden al que les pide su dinero; hombres condenados á presidio sin forma de proceso; comandantes que no saben tratar con las personas de educacion; ciudadanos que declaran que lo que se habia tomado por revolucion es *vandalismo*; familias reducidas al abandono y soldados que por causa de enfermedad quieren pasar de la caballería á la infantería; resulta digo, del indicado exámen, que los libertadores pintados por sí mismos, son tan feos como los pintados por EL MORO MUZA. Su rostro moral es idéntico en ambas pinturas. Todos tienen la frente del ignorante, *aplastada*, el pelo de Júdas, *colorado*, los ojos del renegado, *pitafiosos*; el entrecejo del avaro, *siniesbro*; la nariz del ladrón, *remangada*, los dientes del goloso, *podridos*; los labios del reptil, *delgados*; los pómulos del asesino, *salientes*, y las orejas del asno, *incomensurables*. En una palabra, los libertadores pintados por sí mismos, tienen mucho que envidiar al monstruo de Horacio, y ahora..... el que los conozca, que los compre.

EL MORO MUZA.

¿CUAL ES ESA?

Esto, tócale resolverlo al bueno de *Gil-Blas*, periódico madrileño, que me habla de varias cosas en un pequeño articulo encabezado con el epígrafe: «Chúpate esa,» pues supongo que no debo chuparlas todas, en cuyo caso, ningún trabajo le costaba al amable compañero haber dicho: «Chúpate esas.»

Que defiendiendo en EL MORO MUZA lo que combatí en *Jeremías*; que trato con cariño á los reyes, á quienes ántes maltraté, y hasta

me declaro partidario del niño Alfonso (1) que soy un apóstata &c. &c. Todas estas cosas y otras muchas mas por el estilo se le ocurren contra mí al bueno de *Gil-Blas*, á quien pregunto con el vivo deseo de complacerle: ¿cuál de ellas chupo?

Hago esta pregunta, porque como todas esas cosas me saben mal, si se me permite la eleccion, no chuparé ninguna, y daré mis razones.

Desecho la primera, porque no es verdad que yo, en el terreno de los principios, haya manifestado la menor contradicción en mi vida. Los que no muestran tener gran consecuencia son los señores de la minoría que apoyaron no ha mucho tiempo la proposicion en que se pedía la exclusion de los Borbones; porque, ¿qué significa eso, sino que con tal que el monarca que venga no sea Borbon, le aceptará la expresada minoría? Hé aquí una transaccion de los diputados de la minoría, y á esos diputados es á quienes el bueno de *Gil-Blas* debe tratar de inconsecuentes, mejor que á mí, que solo he discurrido sobre las probabilidades de triunfo que tienen las varias candidaturas que andan en juego.

Y por eso mismo, desecho tambien la segunda de las consabidas cosas, esto es, porque, al tratar de las candidaturas indicadas, solo he dicho que unas tienen razon de ser y otras no, sobre lo cual, aun á riesgo de parecer pesado, voy á repetir mis explicaciones, á ver si logro que el bueno de *Gil-Blas* me entienda.

Opino yo ahora, que no puede haber agrupacion política que tenga fundamento para odiar al jóven D. Alfonso, y que de restablecerse la monarquía, ese jóven es el que en mi opinion tiene mas probabilidades para empuñar el cetro. ¿Pero es nueva esta opinion en mí? ¿No la emití varias veces en el periódico *Jeremías*, sin que al bueno de *Gil-Blas* se le ocurriera refutarla en aquel tiempo? Pues repito lo que he dicho otras veces, no como bello ideal mio, sino como pronóstico político, recordando al bueno de *Gil-Blas* la sustancia de uno de mis artículos, de que él ha copiado un solo párrafo para comentarlo á su manera, conducta que no esperaba yo de mi citado camarada.

Dije yo en ese artículo, que si hade continuar la monarquía, veo lógica en los que han pensado traernos, con un príncipe portugués, la union ibérica, por mas que se hayan acreditado de torpes para negociar los diplomáticos que tal idea concibieron; la veo tambien en los que prefieren el duque de Montpensier, que une, al de la tradicion, el pensamiento revolucionario; la veo en los carlistas, que todavía son bastante numerosos para constituir un respetable partido, y por fin, la veo, sobre todo, en los alfonsistas, que representan grandes intereses, creados á la sombra

de una dinastía secular; de modo que, juzgándoseme con el criterio de mi buen camarada *Gil-Blas*, yo soy á un mismo tiempo coburguista, montpensierista, carlista y alfonsista.

¿Es eso, no obstante, lo que debe deducirse de mi artículo referente á las candidaturas? No. Lo que de mi expresado artículo se saca es, que veo lógica en todas aquellas agrupaciones monárquicas que no andan por Italia ó Alemania buscando un príncipe cualquiera, para reinar en un pais, donde un desconocido no puede tener una docena de verdaderos partidarios.

Ahora, si quiere *Gil-Blas* que yo sea mas explicito en el punto de la consecuencia, le diré que, al explicar yo la razon de ser de ciertos candidatos y las probabilidades con que estos cuentan para llegar al trono, cuyo camino están allanando los republicanos con su desatinada conducta, estoy seguro de que el mas afortunado de esos príncipes no me contará en el número de sus aduladores. Lo que, sí, sucederá es que muchos de los republicanos que hoy meten miedo con sus arranques demagógicos, para conservar luego los destinos que saquen y las cruces que obtengan de cualquier rey, serán capaces de perseguirme por anarquista, despues de haber querido quemarme por pastelero. Pero, así como no soy partidario del príncipe Alfonso, y por si alguna vez le digo que lo soy, le aconsejo de antemano que no me crea, tampoco le aplicaré nunca el mote que le dá *Gil-Blas*, porque no me gusta entrar en terreno vedado.

Dispense este buen camarada si me niego tambien á chupar la gracia de mi supuesta apostasia, en atencion á que yo no he abandonado á un partido para irme á otro. Lo que hago es retirarme de la arena política, en la cual veo que hoy se desbarra demasiado; pero me retiro de esa arena fatal, sin renunciar por eso el derecho que, como humilde historiador ó crítico imparcial, me asiste de juzgar á todos los partidos segun sus actos. En este concepto, la he tomado ahora con el partido republicano, como la tomaré con los demas cuando lo considere oportuno, para decir que ese partido se ha suicidado cometiendo desórdenes y predicando doctrinas mas á propósito para asustar que para atraer á la gente, así como dando muestras de simpatizar con los enemigos de nuestra nacionalidad y distrayendo la atencion del Gobierno cuando este necesitaba mandar refuerzos para mantener en Cuba la honra de la Patria.

Esto es lo menos que puedo decir por ahora de ese conjunto de socialistas é individualistas, proteccionistas y libre-cambistas, que componen eso que se llama hoy partido republicano, y lo digo. Si se me obliga á mas, diré algo mas otro día, y otro poquito mas despues del algo, y así sucesivamente, hasta no dejarme nada en el tintero.

Entretanto, chúpela mi compañero *Gil-Blas*, si gusta, que yo por mí.....no la chupo.

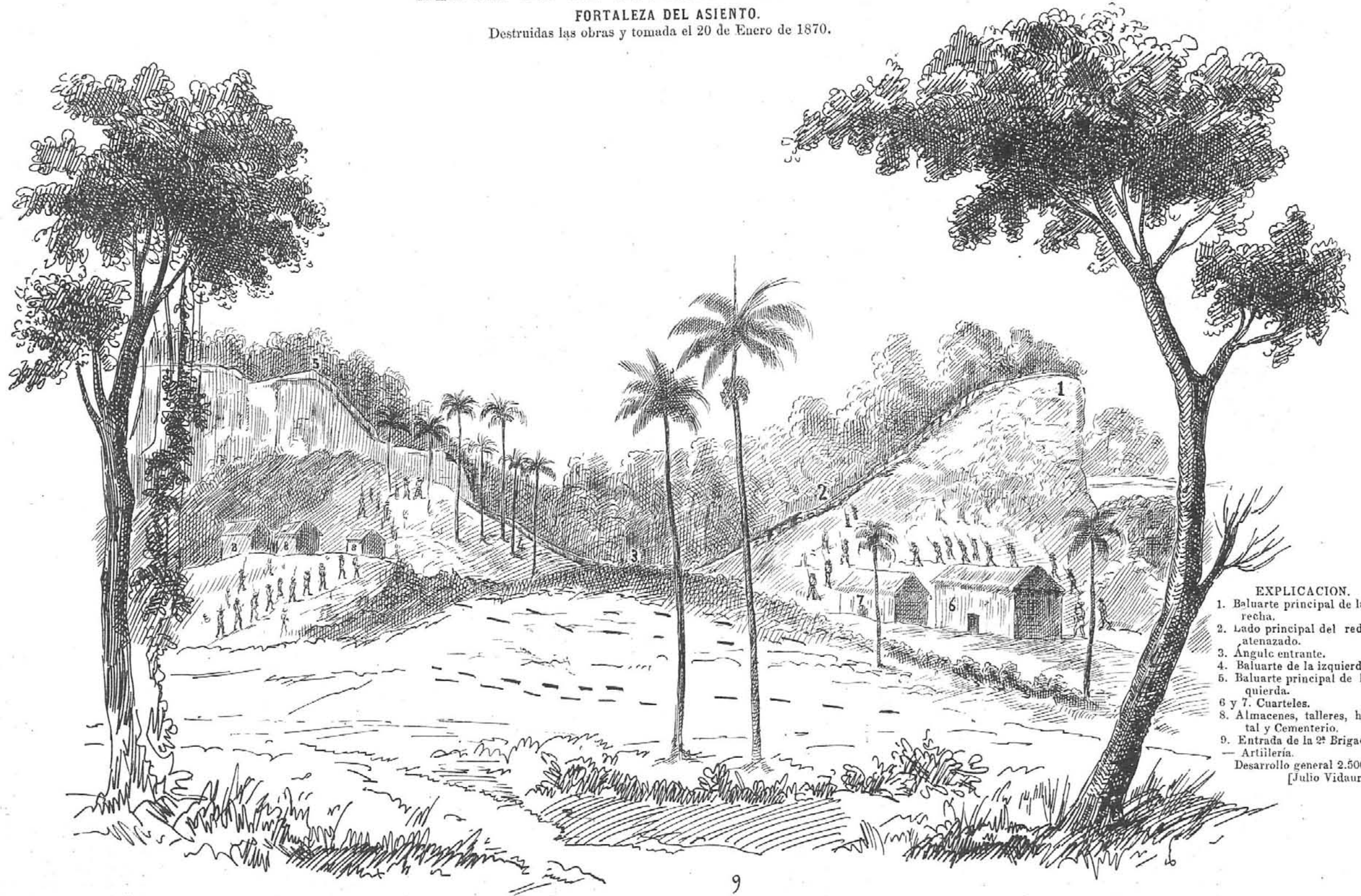
EL MORO MUZA.

(1) Otro nombre le da *Gil Blas*; pero tengo ese nombre por un mote injurioso para la ex-reina Isabel, á quien no he lisonjeado antes ni quiero ultrajar ahora, y no lo adopto. Bien caída está esa señora como reina en mi concepto. Como mujer, no hay periodista que tenga el derecho de juzgarla, y ménos de escarnecerla.—Nota del M. M.

ALBUM DE LA DIVISION GOYENECHE.

FORTALEZA DEL ASIENTO.

Destruídas las obras y tomada el 20 de Enero de 1870.



EXPLICACION.

1. Baluarte principal de la derecha.
 2. Lado principal del reducto atenazado.
 3. Ángulo entrante.
 4. Baluarte de la izquierda.
 5. Baluarte principal de la izquierda.
 - 6 y 7. Cuarteles.
 8. Almacenes, talleres, hospital y Cementerio.
 9. Entrada de la 2ª Brigada.
- Artillería.
Desarrollo general 2.500 ms.
[Julio Vidaurri.]



Trinchera de la loma de *Imías*, en el monte Clueco.—Tomada á la bayoneta el 26 de Enero de 1870.



El asesino Tropman.

La Cámara Mambisa.



El ciudadano marqués de Santa Lucía, Presidente en el asiento.

Zambranita, Secretario.

Ignacito Agramonte, Idem

Se quedaron sin asiento. Ya se les dará uno.

EL PROCESO DE TROPPMANN.

(CONTINUACION.)

EL PRESIDENTE.—El 18 de Setiembre escribisteis á vuestra familia diciendo: «No tengáis cuidado que los negocios van bien.» ¿Reconocéis el hecho?—EL ACUSADO.—Sí.

EL PRESIDENTE.—Ya el padre y el hijo mayor han desaparecido: llegamos al asesinato de los demás miembros de la familia de Kinck. La madre, que recibió la carta de Gustavo, se apresuró á hacer los preparativos del viaje, y mientras se ponía en camino para acudir á la cita que le dabais, he aquí una diligencia que tambien atestigua vuestra premeditacion. El día del asesinato de Gustavo habíais comprado una pala y una piqueta; pero para el asesinato de toda la familia, necesitábais mas sólidos instrumentos. A las cinco de la tarde fuisteis á casa del herrero Bellanger, donde os surtisteis de una pala y un azadon por 8 francos y 50 céntimos. ¿Reconocéis el hecho?—EL ACUSADO.—Sí, pero fué uno de los cómplices quien me indujo á hacer esa compra.

EL PRESIDENTE.—¿Siempre esos hombres misteriosos! ¿Hasta qué hora dejasteis dichos utensilios en casa del herrero?—EL ACUSADO.—Hasta las ocho.

EL PRESIDENTE.—¿Fuisteis vos, entónces, quien los llevó á Pantin en el Omnibus?—EL ACUSADO.—No; yo fui á buscarlos; pero el cómplice, á quien se los entregué, fué el que los condujo.

EL PRESIDENTE.—¿Eso era para abrir la sepultura de toda la familia?—EL ACUSADO.—Sí, señor.

EL PRESIDENTE.—A las diez llega la señora de Kinck, provista de dinero y papeles. Como se adelantó á la hora designada, se dirigió al Hotel del Norte y preguntó por su marido. No se extrañó de no hallarle, porque vos, en su nombre habíais escrito diciendo que debía ir á Fontainebleau en aquel día, visto lo cual, dicha señora se volvió á la Estacion del ferro-carril á las once. ¿Estábais allí?—EL ACUSADO.—Sí, señor.

EL PRESIDENTE.—¿La disteis que su marido había comprado una casa en Pantin?—EL ACUSADO.—Sí, señor.

EL PRESIDENTE.—¿Y luego? Continúa.—EL ACUSADO.—Luego.... nos detuvimos.... Yo cogí á la madre y á los dos niños; el mas forzado de los cómplices se arrojó á la madre, y los otros dos sobre los niños, y los mataron.

EL PRESIDENTE.—¿Y qué hacíais vos entre tanto?—EL ACUSADO.—Nada.

EL PRESIDENTE.—Prosigue el mismo sistema; y sin embargo, el 15 de Noviembre, ante el Juez que instruía la causa?...—EL ACUSADO.—Dejadme hablar.

EL PRESIDENTE.—Sí, contad á los señores jurados lo que pasó en el siniestro campo de Pantin, á que tan triste celebridad ha dado el exterminio de esa desgraciada familia.—EL ACUSADO.—He aquí el suceso. (Movimiento de atencion.) Yo les conduje á Pantin..... á la llanura, sabiendo que allí estaban mis cómplices, los cuales pasaron por mi lado, mientras yo con la madre me dirigia á la sepultura. Ellos se lanzaron á la mujer y la mataron; pero al mismo tiempo, quisieron asesinar á la niña, y yo la defendí, apoderándome del cuchillo que arrojé en la llanura. He ahí porqué se encontró allí ese cuchillo. Luego fui á buscar á los otros niños y los llevé al campo, donde fueron inmolados. El cestillo de la madre estaba en el suelo, y lo cogí, hallando en él cuatrocientos francos. Al retirarme, volví para ver si los cómplices enterraban los muertos, arreglando las cosas de tal modo que no quedase rastro alguno.

En efecto, se habian restablecido los surcos, como si nada hubiera pasado, y partí en compañía del mas fuerte de los cómplices. A la mañana siguiente, volví á Pantin, donde me encontré con el mas joven de esos individuos, que me dijo: ¡Todo se ha descubierto! Yo torné al Hotel, me mudé la ropa blanca, y luego todos juntos nos dirigimos á la Estacion del ferro-carril del Havre. En el camino bebimos aguardiente.

EL PRESIDENTE.—¿Y después?—EL ACUSADO.—Despuesspartimos para el Havre, donde nos separamos.

EL PRESIDENTE.—Tal es, en efecto, vuestra última version; pero es preciso recordarnos la precision con que en el sumario hicisteis distintas declaraciones. ¿Mentáis en cuanto entónces decíais?—EL ACUSADO.—Sí, señor, mentía.

EL PRESIDENTE.—Segun vuestras declaraciones, vos fuisteis, sin duda, quien hizo detener el coche en los Cuatro-Caminos.—EL ACUSADO.—Hasta ahí, es cierto.

EL PRESIDENTE.—Allí, vos hicisteis bajar á la madre, á la niña Hortensia y al niño Alfredo. ¿Es verdad?—EL ACUSADO.—Hasta ahí, es cierto.

EL PRESIDENTE.—En tanto que llevábais á la muerte á la madre y á los dos niños menores, sabemos lo que hacian los otros que en el coche quedaron. Hablaban con el cochero y manifestaban su alegría de ver pronto á su padre, á quien pensaban encontrar. Continúo la lectura de vuestros precedentes interrogatorios. Vos entrasteis solo en el sendero que atraviesa los campos y la llanura de Pantin, desierta á tales horas; llegasteis al punto marcado con tinta roja en el plano que los señores jurados tienen á la vista, y en ese interrogatorio dijisteis: «Yo herí á la madre por detrás, dándole una cuchillada, y ella cayó muerta, sin exhalar un grito. Confesasteis haberos en seguida encarnizado contra ella con inaudita ferocidad, habiéndola saecido treinta golpes. En cuanto á los niños, dijisteis que habíais muerto á Alfredo, hiriéndole con el cuchillo, y solo con el cuchillo.—Señores jueces: ese pobre niño tiene en una de las manos una cicatriz, que debe provenir de haber intentado parar los golpes.—En fin, vuestro cuchillo, dijisteis que se habia roto en vuestras manos, y se le encontró en la llanura, el mango por un lado y le hoja por otro. Vos habeis dicho todo eso, ¿no es verdad?—EL ACUSADO.—Sí, lo he dicho, pero no es cierto.

EL PRESIDENTE.—¿Cómo esperais que el jurado os dé crédito, despues de esas variaciones hechas con la sutileza que os es propia? ¿Quién puede, en vista de tan diferentes declaraciones, creer la version última de los cómplices misteriosos? y si estos existen, ¿por qué no nombrarlos?—EL ACUSADO.—Es necesario creer que yo tengo motivos mas que suficientes. Se dice que pido investigaciones para que dure la causa por temor á la muerte. Yo no temo la muerte: solo que tengo razones para callarme.

EL PRESIDENTE.—Todo eso no destruye vuestra declaracion de culpabilidad.—EL ACUSADO.—Sé que se cree lo malo mas fácilmente que lo bueno. El mundo es así. (Risas.) Yo, sin embargo, no puedo contradecir la verdad porque os corra prisa el condenarme.

EL PRESIDENTE.—Los señores jueces sabrán apreciarlo todo. Sabéis las horribles heridas que los hombres de la ciencia han hallado en los cuerpos de la madre y los hijos. Esa pobre madre habia recibido dos golpes de azadon y sus numerosas heridas hacen ver que fueron hechas de un modo fulminante. El suelo mismo ha sido examinado, y no se han hallado indicios de lucha.

En efecto, los desgraciados no pudieron defenderse. Solo el niño Alfredo tenia una mano rasgada, como si se hubiera servido de ella para alejar el golpe que se le asestaba.—EL ACUSADO.—Todo eso prueba que un hombre solo no basta para hacer lo que se me atribuye.

EL PRESIDENTE.—Eso, por el contrario, hace ver vuestra agilidad y destreza. Así, la señora Kinck aparece sin la menor herida en las manos, y no se oyó el menor ruido en los alrededores. Me equivoco. Un vigilante de la fábrica de Dreher oyó en un momento los gritos: ¡Mamá! ¡mamá! En seguida los perros dieron la voz de alarma. ¿Solocarían esas voces con sus ladridos? se ignora; pero nada se ha oido.—EL ACUSADO.—No se ha oido nada: el que ha dicho eso es un embustero; yo se lo diré en su cara. Es necesario, pues, que yo sea condenado por la declaracion de un miserable. (Con energia y cólera) ¡Es un miserable que ha sido condenado por el tribunal de Colmar!

EL PRESIDENTE.—Os preguntaré qué interés teneis en contradecir á ese testigo.—EL ACUSADO.—Pero, si eso no es verdad.

EL PRESIDENTE.—¿Quién nos afirma, pues, que un niño no ha gritado, ¡mamá! ¡mamá!—EL ACUSADO.—Creo que yo lo hubiera oido tan bien como el vigilante.

EL PRESIDENTE.—Luego, ¿estábais allí?—EL ACUSADO.—Ciertamente.

Al oír esta confesion hecha con el mayor cinismo, el auditorio apenas puede contener su indignacion, sintiéndose murmullos de horror que ninguna impresion hacen á Troppmann. Restablecida la calma, el honorable M. Thevenin describe con una emocion que se comprende, todas las heridas que las víctimas han recibido.

EL PRESIDENTE.—Hé ahí el estado en que se hallan esos infelices. Su muerte debió ser instantánea.—EL ACUSADO.—Quisiera ver un hombre capaz de hacer todo eso: no lo hay para ello bastante robusto. Acerca de mí, se ha dicho demasiado.

EL PRESIDENTE.—Vos habeis sido examinado por los médicos, los cuales reconocen que, aunque de débiles apariencias, estais dotado de una fuerza y de una agilidad extraordinarias. Vuestra ocupacion de tornero os ha dado una gran precision en el puño, y así, bajo una apariencia infantil, ocultais una musculatura que en un momento dado, os permite hacer esfuerzos considerables. Por lo demás, vos mismo habeis explicado cómo lográsteis hacer tan gran número de muertes. Hoy hablais de cómplices; pero bien sabéis que en el proceso se han apurado todos los medios para haceros decir sus nombres.—EL ACUSADO.—Lo repito: no puedo nombrar á mis cómplices, y vos mismo, señor Presidente, aprobaríais mi conducta si yo os dijese el motivo.

EL PRESIDENTE.—Yo no puedo entrar en ese orden de ideas.—EL ACUSADO, (volviéndose hácia el público) ¿Se cree que yo sea un hombre falto de corazon para matar así á unos niños? Yo les hubiera dejado en el camino, por no ser capaz de hacer eso.

EL PRESIDENTE.—Pero, vos mismo lo habeis declarado.—EL ACUSADO.—Y hoy mismo lo volvería á declarar, si el cadáver de Juan Kinck no se hubiese encontrado. Sí, se han buscado las pruebas; pero no se ha hallado nada, á pesar de mis declaraciones. No se quiere seguir la vía indicada por mí: se ha consultado á sonámbulos.

Despuess de un ligero incidente, continúa el diálogo, en el cual el Presidente hace resaltar las significativas circunstancias de haberse encontrado los despojos de las víctimas en la habitacion del Acusado, cuya camisa y bol-

sillos estaban manchados de sangre. Troppmann contesta, sosteniendo que todo es obra de sus cómplices, y que la sangre de su ropa provenía de la herida que recibió al defender á las víctimas, que él mismo declara haber llevado voluntariamente al lugar del sacrificio. Después de esto se pasa á la detención del acusado en el Havre y dice el Presidente:

—Era el día 23 de Setiembre: un gendarme pasa á vuestro lado; á la vista de aquel uniforme bajais los ojos y experimentais un temblor nervioso. El gendarme Ferrand se acerca y os pide el pasaporte. Vos le contestais que no lo teneis y él quiere llevaros á casa del procurador imperial. En el camino os pregunta, por casualidad, si habeis pasado por Pantin. En este instante, temblais de nuevo, emprendéis la fuga y os precipitais en el agua.—EL ACUSADO.—Yo queria salvar el honor de mi familia. Nadie hubiera sabido mi nombre si yo me hubiese alojado.

EL PRESIDENTE.—Gracias á un hombre, os salvasteis entónces. Ese hombre era el calafateador Hauguel.—EL ACUSADO.—La ola me levantó; no hay en ese hecho ninguna valentía. Ese hombre no me habria cogido si yo no me hubiese desmayado.

EL PRESIDENTE.—Intentais rebajar un acto de heroismo: el calafateador, para entregaros á la justicia, salvó vuestra vida con riesgo de la suya. Después de una lucha dentro del agua, Hauguel os sacó, inanimado, á la superficie. Se os condujo al hospital, donde se os hallaron los papeles de la familia, todos los títulos de propiedades, recibos de los precios de adjudicación, la cartera, la correspondencia y en fin, dos relojes de oro.—EL ACUSADO.—Uno era de plata.

(Continuara.)

JAVIER Y NESTOR VENDRAN
QUE BUENO ME HARÁN.

CANTO III.

¿Qué palabras tienen los libertadores! Después de haber ofrecido el Padre Eterno Goicuria consagrarse al cultivo de las musas, parece que, arrepentido de tan poética resolución, quiso probar de nuevo fortuna en el campo de los guerrilleros; se embarcó en un pailebote con treinta y tantos perdidos, llegó á Cuba felizmente, y esta es la hora en que tengo para mí que le estarán fusilando.

Así lo hacen presumir las últimas noticias, segun las cuales, de los treinta y seis piratas que desembarcaron, siete murieron en seguida, cuatro quedaron prisioneros, que, como era natural, sufrieron la suerte de los piratas, y los demás no tendrán escapatoria.

¡Pobre Padre Eterno de los libertadores! ¿Cómo habia él de pensar que por un camino tan cómico llegaría á un fin tan trágico? A bien que, el pobre hombre, aunque mas republicano que Bruto, es capaz de imitar á los emperadores Augusto y Neron en su hora postrera, exclamando como el primero *Acta est fabula!* y como el segundo: *Qualis artifex pereo!*

Entre tanto, conste que habíamos podido hacernos con el canto cuarto de su célebre poema épico y vamos á copiarlo con los comentarios á que se presta. Su primera octava es del tenedor siguiente:

¿Debo esperar los grandes disfavores
Que hoy me hacen mas de cuatro papanalás?
Yo, aunque lo nieguen ciertos malhechores,
Que han dado en murmurar por mis contralás,
El mas antiguo soy de los traidores,
Y el mas viejo tambien de los piratas;
Tanto, que he merecido ser llamado
Traidor tenaz, pirata inveterado!

La octava no es *malucha*, como diría Rabadán, que ha sido el Orbaneja de la poesía castellana; pero ¡qué títulos tan poco apetitosos se dá á sí mismo el aprendiz de poeta!

¿Por qué se envanecerá con ellos? ¿Por qué renegó ese desdichado? El nos lo dirá mas tarde. Ahora, oigamos las verdades que suelta en otras octavas, que dicen así:

Yo me lancé á la arena, temerario,
Por marchar con el siglo de las luces,
Cuando muchos, que hoy juzgan necesario
Blasonar de exaltados avestruces,
Cobran buenos sueldos del Erario,
Se llenaban de títulos y cruces,
O, como D. Enilfa, los muy zotes,
Nombre ganaban repartido azotes.
El mismo Aldama, entónces, francamente,
No recibió el tarrón de un marquesado?
Ciertó es que hizo renuncia diligente
De lo que confesó no haber ganado.
Mas eso, ¿por qué fué? Porque ízelemente
Su hijo varón arrebató el hado,
Y él dijo: «pues me falta el heredero,
Lo que antes quise ser, ya no lo quiero.»
Cuando obraban así los que hoy distingo
Contra mí platicar en todas partes:
Ya den por la manigua algun respingo,
Ya en Nueva-York cultiven malas artes,
Yo, que, voto á Caifás, mas que Domingo,
Debírame nombrar *Linceo* ó *Mórtes*,
Enseñando de hidrófobo la baba,
De mi patria y mi sangre renegaba.
¿Por qué renegué yo, cuando era tierno?
¿Por qué tomé á la España antipatía?
Con nadie se metía su gobierno,
Y tampoco conmigo se metía.
Pero quise ascender á Padre Eterno,
Por pensar que, en queriendo, lo sería;
Y cometi, como mi amigo Orozco,
Una barbaridad, lo reconozco.

Véase lo que es un momento de lucidez en los insurrectos. Goicuria, en el momento de reconocer sus faltas y las de sus cómplices, no solo ha dicho verdades como puños, sino que ha escrito versos regulares, como si jamás hubiera tenido contacto con los *sinsontes*. Pero no tengan ustedes cuidado, que pronto se arrepentirá el infeliz de ser pasable poeta, como se arrepintió de ser buen ciudadano. Así lo esperamos, aunque todavía no lo vemos en las siguientes octavas, sin duda porque no habia llegado la hora de desbarrar en la poesía, como desbarra el autor en las ideas de que hace alarde.

Porque yo soy de Orozco mas que amigo, (1)
Soy maestro de Orozco, y aun de Lanza,
Soy profesor, con énfasis lo digo,
De cuantos en la agreste contradanza,
Se entregan contra impávido enemigo,
A la cobarde y páfida matanza,
Al pillaje, al incendio, á la injuria,
Con ruin pasión, con bandolera furia.
Si hay Bramosios y Lénus en el mundo
Que estén á nuestra especie deshonrando,
Si un Céspedes en Cuba, tremebundo,
Está lo devastable devastando,
Si á Nestor y Javier aquí confundo
Con Quesada, el que allende anda escurbando;
Esos que hacen tan grandes picardías,
No son mas que pequeños Goicurias.
Muchos hay que andan mal, sin que mi ayuda
Tuviesen, cual los dos cojitrancones
Fesser y el otro, el de la grey morruda.
Esos, si cojos son, los picarones,
De *motu proprio* lo serán, sin duda,
Que nunca de cojera di lecciones,
Y ni aun para robar, si he de ser franco,
Pretendo merecer fama de *manco*.

¿Saben ustedes que el hombre parece haber desterrado el vicio *sinsontil* de hacer versos demasiado largos ó demasiado cortos? ¡Ah! No se fien ustedes, que el que malas mañas há, tarde ó nunca las perderá. En efecto, por lo que sigue es fácil ver la verdad que encierra el enunciado proverbio.

Por eso, porque mano, con descoco
Supe meter en grande, gente ingrata
Me fué desprestigiando poco á poco;
Pero diviértame yo y lo demás es patarata;
Pues digo, y por quien soy, no me equivoco,
Que si yo guardé la plata
Con pirático ardor y libre afán,
Javier y Nestor vendrán, que bueno me harán.

¿Eh? ¿No decíamos que D. Domingo se desquitaria? ¿Qué pícaros versos ha dejado para la postre! Casi son tan pícaros como él, y ahora lo que descaremos es que caiga en poder de nuestros soldados para que pague todas las ofensas que ha hecho al sentido, á la moral, á la patria y á las Musas.

EL MORO MUZA.

OTRO POETA.

Lo es, sin duda, el jóven autor de los siguientes tercetos, el mismo que ya nos favo-

(1) Suponemos que ese Orozco será el infame criminal reclamado por la justicia de Cayo-Huaco.

reció no ha mucho tiempo con unas bellas quintillas, tanto mas lisonjeras para nosotros, cuanto que se nos felicitaba en ellas á nombre de nuestros queridos hermanos los Voluntarios de Covadonga. El valiente militar, como entónces dijimos, pulsa la lira de la sátira, cuando no blande el acero del soldado, y da muestras de haber nacido para pulsarla con fortuna. El metro que en esta ocasion ha elegido, y al que podemos llamar metro clásico de la sátira, es el mas difícil de todos, y sin embargo, se ve que lo vence sin esfuerzo, expresando sus punzantes ideas con la sencillez y naturalidad que el género demanda.

Felicitemos al señor Rato Hévia por las disposiciones que descubre para distinguirse en un campo especial de las Musas, donde tantos son los llamados y tan pocos los escogidos, y nos felicitamos nosotros mismos, tanto por la aparicion de un poeta satírico, cuanto porque ese poeta honra con sus producciones las columnas de EL MORO MUZA.

SR. DIRECTOR DE «EL MORO MUZA.»

Allá te guarde, mi querido hermano,
Sectario digno del sin par profeta.
Pues aunque nada tienes de inhumano,
Ni peca de vacia tu *chabeta*;
Miro en tí no sé qué de sorprendente
Que, sin querer, se quiere y se respeta.
Tu epístola lei cosa excelente!
Y exclamé conmovido en el instante:
«¡Per mé si rá tra la perdutta gente!.....»
Que aquí cuadra de molde lo de Dante,
Y aunque es mi mente de talento escasa,
No puedo contemplar un *laborante*
De aquellos que al charlar no ponen tasa,
Sin decirle tambien á voz en grito:
«Non raggioniar di loor, ma guarda é passa.....»
Pues á fé que al mirar tanto garito,
Vulgo *club*, do se esconde tanto *chéto*,
Que llaman realidad lo que es un mito,
Y ovacion al mas cinico alboroto;
Fuera yo, á no dudar, harto indiscreto,
Si echara su imprudencia en saco roto,
Porque ya que á salir me comprometo
Triunfando *velis nolis* de esta guerra,
Ni quiero blasonar de *Rigoletto*,
Ni que esa gente dasalmada y perra
Me tienda nunca su afilada garra,
Que á ningún español, por cierto, aterra.
Legales, son, cual jugador que *amorra*;
Se precian de ser grandes y son chicos,
El mas culto soñando ya desbarra,
Y hasta por imitar se vuelven micos.
En su astucia semejan á la zorra,
Resignados, lo son..... como borricos,
Cual *gorrista*, ¿pues nó? viven de gorra,
Que nadie desprecia el dulce *far niente*,
Y aunque amigos de erápula y camorra,
Nunca enemigos son del agua..... *ardiente*,
¿Qué opinais, buen maestro, de estas cosas?.....
¿No recordais lo de..... *perdutta gente*?.....
Por Dios, que si son fatuas y enojosas.
Nada tienen de *llanas* ni de *lisas*,
Y aunque son por demás maravillosas,
No estoy por semejantes *cortapisas*,
Pues mejor parecieren en sus casas,
Cuidando de las *púdicas mambisas*,
Que no formando tan informes masas,
Do se ceban el cólera y la fiebre,
Rindiendo culto á ese monton de brasas
Que dieron en llamar «*Cubita liebre*.»
¡Oh siglo, apellidado el de las luces!
¿Será posible que á la postre quiebre
La cadena social con que conduces
La humanidad por el mejor camino?
¿Qué importa que haya *gansos* ni *avestruces*,
Ni que á Pancho Águilera guste el vino,
Si son muchos los nobles y leales
Que lloran de su patria el cruel destino?
Si ser quieren, tal vez, irracionales
Un puñado de cándidos *peleles*,
¿Por fuerza han de pasar plaza de tales
Los que aquí y en Europa han sido fieles,
Porque tienen conciencia y buen criterio
Y gustan de comer pan á manteles?.....
Por fortuna el asunto no es muy sério;
Si bien la enfermedad es muy moderna,
Y aunque cara pongais de *megatério*,
Convengamos, maestro, en que si tierna
La tela está, y el traje viene justo,
Se romperá el calzon por la entropierna.
No me tildéis de loco ni de injusto:
Detesto la doblez y los amaños.
Y en decir lo que siento tienen gusto
Mi jóven corazon, mis pocos años.
¿Es tan grata la voz de la conciencia!
¿Son tan viles y torpes los engaños!

El hombre se aconseja con la ciencia,
 Penetra allí como en la piel la *nigua*
 Y arrostrando el peligro y la inclemencia,
 Llega á la sociedad, que es la *manigua*.
 Con su libro, que sirve de *machete*,
 Tris, trás!..... (aunque la cosa es bien exígua)
 Allí observa, aquí pára, allí se mete,
 Y entendiendo, leyendo y anotando;
 Ya se muestra con cara de pobrete,
 Ya cual otro Neron, siempre tramando.
 ¿Quién dá cuenta, señor, de estos arcanos?
 Quién, no ignorando el *como*, sabe el *quando*?
 Párdiez que todo son juegos de manos
 Que nos dejan perplejos y mohinos,
 Al ver estos destinos inhumanos.
 Los unos, nos engañan como chinos,
 Y los otros nos tildan de *petates*,
 Cuando son *liberates libertinos*
 Que quieren figurar y ser *magnates*!
 Vayan al diablo semejantes zotes
 Que debieran estar en la de orates.
 ¿Háanse visto tamaños monigotes?
 ¿Pues no vienen con poco requilorio,
 Después de haber llevado mil azotes!
 Y aquí concluyo y basta de *jolgorio*,
 Que ya el *escribidor* se va cansando,
 Y acuden los *mambises* al *velorio*
 Por su amada *Cubita* suspirando.

O. DE RATO HEVIA.

Campamento de BANAQ, 22 de Enero 1870.

MEMORIAS DE UN CHALECO NEGRO.

Mi padre fué Caracuel. (1)

Cuando nací me colocaron frente á un soberbio espejo, y mi imagen, reflejada en su clara luna, me asustó.

Creí que mi destino iba á ser de mi color.

Un aristócrata, de esos que se usan ahora, fué mi primer dueño.

Y digo de esos que ahora se usan, porque han variado mucho de poco tiempo á esta parte.

Antes, los hijos de la nobleza, solían no visitar las universidades, concretándose su educación á saber malamente leer y escribir, lo ménos mal posible, su nombre y apellidos, montar á caballo y recibir un revolcon lidiando un novillo.

Hoy, es verdad que algunos no saben mucho mas; pero en cambio, asisten á las aulas y poseen después un título de abogados, aunque sepan tantas leyes como el gato de mi casa.

Uno de estos aristócratas fué, repito, mi primer dueño, mediante, ó mejor dicho, sin mediar siete duros, pues no sé si á estas fechas los habrá cobrado mi padre.

En honor de la verdad, debo decir que me sentí orgulloso al ceñir con mi rica tela un cuerpo por cuyas venas corría sangre azul..... como un pimiento rojano.

Mi dueño estuvo á punto de despreciarme á media noche, porque advirtió en mi parte superior una insignificante arruga. Por fin, aunque con disgusto, pasó por ella, viendo que las solapas de su elegante frac la cubrían completamente.

Dos horas después me llevó á un baile, ostentando sobre mí, rica cadena, pendiente de un cronómetro que ocupaba uno de mis bolsillos.

Allí, cuando empezaron á desprenderse de la orquesta las mágicas notas de un agitado vals, mi dueño se aproximó á una dama ya entrada en años; pero elegante como ninguna, y la invitó para bailar.

Cuando empezaron á recorrer el salón, dando rápidas vueltas, oí que mi dueño la hablaba de amor.

Este, dije para mí, estuvo á punto de despreciarme por una arruga, y no repara en las innumerables que surcan el rostro de la que le enamora.

Pero entonces noté que el corazón de mi poseedor palpitaba con la misma lentitud, al hablar de amor, que antes.

En cambio, el seno de la dama, que se

oprimía contra mí, latía con una violencia espantosa.

Vamos, dije comprendiendo el misterio, aquí el amor se abriga en el cuerpo mas viejo, y el interés en el mas joven.

Salimos del baile y fui á descansar entre las otras prendas del traje de mi dueño, hasta la mañana siguiente, en que este, disgustado de mí, me regaló á su ayuda de cámara, un mozo fornido y robusto, que, al probar si yo le sentaba bien, estuvo á punto de hacer que yo estallara, no pudiendo él estrechar entre mis finas formas aquel cuerpo grandemente desarrollado.

Viendo al fin la imposibilidad de que yo le sirviera, me vendió por dos duros al cochero de la casa, y yo, que jamás pensé tener por dueños sino á los señorones, vine á ser propiedad de un cochero.

Por fortuna mía, mi nuevo amigo que tuvo pocos días después necesidad absoluta de dinero, me llevó á una casa de préstamos, donde le dieron por mí, después de muchos dimes y diretes, *catorce reales vellón*.

No quiero manchar estas mis memorias, dando en ellas cabida al relato de las escenas que presencié en aquella casa, desde que entré en ella hasta que, al cabo de un año, el prestamista me vendió por treinta reales á un pobre joven, escribiente de no sé qué ministerio.

Este mi cuarto dueño, me estrenó el día de San José, santo suyo, para llevarme á un baile de confianza que daban los padres de su novia, niña de diez y seis abriles, que bailó con él sin cesar, desde las nueve de la noche hasta la una de la madrugada.

Yo que ostentaba una cadena de *doublé* prendida á un reloj de plata sobredorada, estuve á punto de estallar: tales eran los latidos del corazón de mi dueño!

Allí comprendí la violencia del amor correspondido, del amor á los veinte años.

Cuando salí del baile iba empapado en sudor. Mi dueño me limpió muy cuidadosamente, guardándome después en un modesto cofre.

Desde entonces no ví la luz hasta el domingo siguiente, y por espacio de tres meses que pertencí al joven enamorado, salí solamente á la calle los días de fiesta, hasta que en uno de trabajo, sentí que mi amo me sacaba del cofre, y, contra su costumbre, en vez de vestirse conmigo, me envolvía en un papel.

¡Malo va el cuento! exclamé para mis adentros; ya comprendo la suerte que me espera.

Y efectivamente, adiviné lo que iba á ser de mí: otra casa de préstamos fué mi cárcel por espacio de otros doce meses, en los cuales ví repetidas las mismas repugnantes escenas que había presenciado en mi primer encarcelamiento.

Un cesante me compró por un duro, y visité con mi nuevo dueño las antecámaras de los ministerios, y sufrí con él desprecios sin cuento, hasta que por fin, ya bastante raído, presencié el grato instante en que mi dueño recibió el apetecido y tanto tiempo esperado nombramiento.

El empleado me vendió á un traperero, y salí á la vergüenza un domingo en el Rastro.

Colgado una vez á la puerta de la prendería, donde creí acabar mi desdichada existencia, llamé la atención de un joven escritor; que dió por mí dos pesetas, y fui suyo.

Y como quien con lobos anda, á abullar se enseña, así también quien anda con escritores se enseña á escribir, y yo que he aprendido algo de este mi último actual dueño, he escrito estas memorias que han tenido ustedes la paciencia de leer.

Se me olvidaba decir que siempre en mis bolsillos guardé algo; pero que desde que pertencen á un escritor, están vacíos.

Yo creo que la literatura progresará cuan-

do los bolsillos del chaleco del literato contengan lo suficiente para que este viva con holgura. Para entonces..... ya habrá llovido. He dicho.

MISCELANEA.

El Recreo Social dará, mañana domingo, un beneficio á favor de los huérfanos de Castañon. El Recreo, por lo visto, no quiere contentarse con el solo título de social que con justicia lleva, y desea unir á él los de patriótico y humanitario que ya tiene merecidos. La sociedad moruna y la cristiana se los otorgan por aclamación.

CONTRASTE.—Mientras aquí se dan muestras de la filantropía, *La Revolución*, órgano de la Junta Cubana de Nueva-York, disculpa el asesinato cobarde y vil de Cayo-Hueso, diciendo que ese hecho, reprobado por todas las personas decentes del mundo entero, tiene explicación satisfactoria para los asesinos. Esto quiere decir que la Junta Cubana debe modificar también su nombre, no por adición, sino por sustitución, y así, la que fué *Junta Cubana* hasta ahora, se llamará desde hoy: *Junta Truana*.

AVISO.—Los revolucionarios de Cuba, refugiados en Nueva-York, después de predicar contra su patria la guerra del hierro, el fuego y el robo, aprueba el asesinato alevoso perpetrado en los mismos países donde se ha concedido generosa hospitalidad á los criminales. ¿Qué deben hacer las naciones civilizadas con esos hombres que santifican las ofensas inferidas á la humanidad y al pabello que les cobija en ellas? Claro es que deben gritar: ¡fuera pillos! y arrojar de su seno á los apóstoles del crimen, que bien merecen que á donde quiera que llamen, se les dé con la puerta en los hocicos.

Como verán nuestros lectores, hoy, en la parte ilustrada de nuestro periódico, damos los planos de las formidables trincheras tomadas á los mambises por los valientes soldados del general Puello y del brigadier Goyeneche. No son hijos de la imaginación esos planos; están sacados de aquellos lugares por un entendido militar que nos ha honrado con ellos, y creemos que nuestros lectores los verán con gusto. ¡Honor eterno á los guerreros españoles, que saben tomar esos terribles parapetos con la facilidad revelada en las tres famosas palabras de César: *Veni, vidi, vici!*

OTRO CONTRASTE.—Después de los planos de las fortalezas tomadas por nuestros invencibles soldados, hemos puesto una especie de *cuarto de los horrores*, por el estilo del de la casa de las figuras de cera de Madame Tousseau, en Londres. Es una sección de criminales, en que aparecen el asesino Troppmann y varios miembros de la Cámara Oscura de la manigua. Es claro: los mambises deben ir unidos con los Troppmann; cada cual con su cada cual, ó lo que es lo mismo, Dios los eria y el Moro los junta.

El Progreso de Veracruz espera la llegada del periódico redactado por la pillería de Cayo-Hueso para saber si debe aplaudir ó vituperar el asesinato de Castañon. ¿Señor *Progreso*? ¿Qué tiene que ver la política con el delito común, perpetrado de una manera tan vil como salvaje? ¿Porqué no se ha de atender V. á lo que digan las mismas autoridades de Cayo-Hueso, mejor que á lo que escriban los asesinos? Cuidado, no vaya V. á cambiar de nombre también, dando motivos para que se le llame: *El Retroceso*.

(1) Sastre famoso de Madrid.